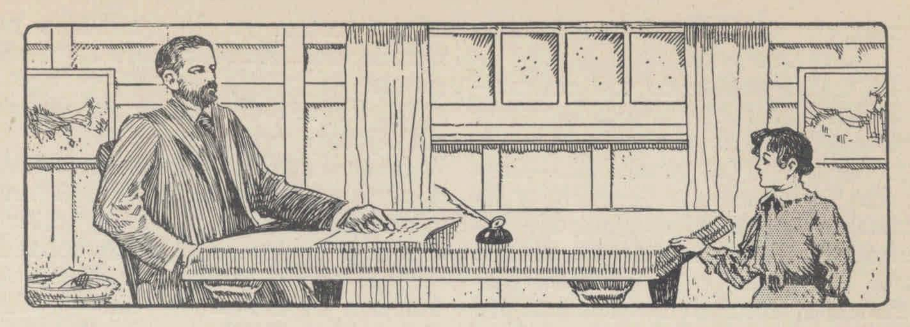


EL NIÑO Y EL EMBAJADOR

DURANTE aquel tremendo período de la historia de Francia, llamado la *Commune* de París (1871), en que en todo el día no cesaba el cañoneo y era peligroso aventurarse por las calles, actuaba Mr. Eduardo Mallet de embajador inglés en París. Un día al pasar por delante de la ventana de su despacho, dirigiendo casualmente la vista al patio, le llamó la atención un muchacho de aspecto enfermizo que miraba insistentemente en dirección al despacho. Poco rato después, volviendo a pasar Mr. Mallet delante de la ventana y observando que el muchacho permanecía en el mismo sitio, lleno de curiosidad ante la obstinada presencia del niño en el patio de la embajada, envió a uno de sus secretarios para que averiguase a qué se debía.

Entonces se enteró de que el niño había solicitado ver al embajador, sin querer decir lo que deseaba de él a ninguno de los secretarios. Aunque pudiera parecer absurdo, Mr. Mallet dió orden de que le hicieran pasar.

El muchacho iba bien vestido, y su actitud era perfectamente comedida. Aparentaba tener unos ocho años. Se le antojó cosa divertida al embajador inglés el que ese niño francés, de facciones delicadas y mirada pensativa, mostrara todo el atrevimiento de un hombre de experiencia.

Expuso con mucha sencillez su caso. Vivía con su madre y dos criadas en una calle en donde continuamente se libraban combates, y las terribles escenas que se presenciaban a cada momento ponían a su madre enferma.

—Yo cuido de mi madre—dijo.—Tenemos dos criadas, pero están tan asustadas que no sirven para nada; tienen más miedo que nosotros.

Deseaba trasladar a su madre a un lugar más tranquilo de la ciudad, pero no podía realizar su propósito por falta de dinero. Necesitaban unos 500 francos, los cuales podría devolverle al embajador en cuanto volviera a funcionar normalmente el servicio de correos. Mientras tanto, ¿tendría el embajador la bondad de prestarle dicha cantidad?.

Fácilmente puede uno figurarse la sorpresa del inglés. Averiguó que el muchacho había ido a encontrarle sin decírselo a su madre. Ello, no obstante, tras muchas preguntas, fiando enteramente en el niño, le entregó el dinero.

—Gracias, caballero—dijo éste despidiéndose.

El embajador había olvidado ya el incidente, cuando un día, después que se hubo restablecido el orden en la ciudad, volvió el chiquillo a presentársele.

Lo que refirió era terrible. La calle a la cual se habían trasladado, resultó ser peor que la otra. No pasaba día en que no se derramase sangre frente a las ventanas de sus habitaciones; no habían podido salir a comprar provisiones, pues las granadas estallaban contra las paredes de la casa, obligándoles a permanecer encerrados, temerosos y hambrientos en la parte posterior de su

vivienda, esperando que de un momento llegase su última hora.

—Mi madre padece de una enfermedad nerviosa, a consecuencia de tantas angustias—terminó diciendo con la mayor gravedad el muchacho.—Creo que será mejor sacarla de París, y he resuelto llevarla a Wiesbaden. Me parece que una temporada de descanso la curará. He hecho ya los preparativos necesarios, y marcharemos mañana por la noche.

Sacó entonces del bolsillo una pequeña cartera y entregó al embajador algunos billetes, cuyo importe total era de 500 francos.

—Le he devuelto a Ud. el dinero tan pronto como he podido; tanto mi madre como yo le quedamos muy agradecidos. Adiós, caballero, y muchas gracias.

Y después de alargar la mano al embajador, se marchó.

He aquí un relato sumamente notable, a pesar de su brevedad. En él vemos cómo un niño, que vivía con su madre enferma y dos criadas atemorizadas, tuvo el valor, propio más bien de un hombre, de asumir, en días de pánico y de mortandad horrorosa, el papel de protector de la familia.

Esto nos enseñará cuánto son capaces de realizar aún los más pequeños, cuando el sentimiento de la responsabilidad les inspira actos de valor o de varonil entereza.

EL NIÑO QUE HIZO RETROCEDER A UN EJÉRCITO

EN el transcurso de la guerra que sostuvieron los franceses en el Tirol—país situado al Noroeste de Italia—el ejército francés tuvo que atacar una aldea situada a orillas del río Ard. Sólo podía llegarse a esta aldea atravesando un torrente que corría por el fondo de un profundo barranco. A lo ancho de éste, veíase un gran tronco de árbol, cortado de manera que descansaba ambos extremos en las dos orillas, formando de esta suerte un angosto puente.

Guardaban el puente trescientos hombres y un muchacho tirolés. Éste se llamaba Alberto Speckbacher. Al avanzar los franceses, los tiroleses empezaron a cortar el tronco con sus hachas, pero la lluvia de balas que disparaban los soldados franceses, diezmaban a los valientes defensores, quienes caían uno tras otro. Entre los muertos figuraba el padre de Alberto, cuyo puesto ocupó inmediatamente el intrépido muchacho. El tronco estaba ya casi cortado; con algunos hachazos más, no quedaría puente para que pudieran pasar los franceses. Echando mano de un hacha, Alberto Speckbacher, despreciando el fuego de los fusiles franceses, se puso a terminar la labor de destrucción con gravísimo peligro de su vida. Cortó el tronco casi por entero; tan sólo quedaba por cortar un pequeño pedazo por el que seguía sosteniéndose el puente.

Entonces, sin vacilar, Alberto sacrificó su vida en aras de la patria.

Arrojando el hacha, saltó encima del puente con tal ímpetu que, rompiéndose a su peso el pedazo de tronco que aún lo sostenía, puente y niño cayeron juntos en lo profundo del torrente. Los mismos franceses, conmovidos ante un acto de valor semejante, enterraron el cuerpo del niño con los honores que se tributan a un valiente militar que cae en el campo de batalla, y erigieron después un monumento que perpetuase el recuerdo de tan heroica hazaña.

LA CAMARERA DEL «STELLA»

EL vapor *Stella* salió de Southampton la víspera del Viernes Santo del año de 1899, con rumbo a las Islas del Canal, llevando a su bordo cerca de doscientos pasajeros. Al poco rato de haber salido del Solent, se formó en el

mar una espesa niebla; pero, creyendo el capitán que se despejaría pronto, siguió el vapor navegando a toda velocidad. Los turistas que iban a bordo estaban muy alegres, esperando el momento de reunirse con sus amigos.

Sin embargo, al acercarse el término del viaje, la niebla se hizo cada vez más espesa y el *Stella* fué a dar contra unas rocas. El vapor, irremisiblemente perdido, empezó a hundirse. Se echaron al mar los botes de salvamento, y si bien en tan horrible trance todos aquellos desdichados viajeros, así hombres como mujeres, se portaron con un valor ejemplar; con todo, jamás podrá ser olvidado, cuando se trate del naufragio del *Stella*, el nombre de una de las mujeres que en él se encontraron: era la camarera de a bordo y se llamaba María Rogers. Desde el primer momento de la catástrofe, se dedicó a consolar y auxiliar a las mujeres, dando a cada una un salvavidas, y sujetándoselo con sus propias manos. Las acompañó luego a todas al costado del buque por donde se arriaban los botes y se embarcaban los pasajeros.

En el último momento se vió que una mujer no tenía salvavidas; la camarera se quitó inmediatamente el suyo para entregárselo, y la última de las mujeres encomendadas a su cuidado fué puesta debidamente a salvo en una de las lanchas.

Los marineros llamaron obstinadamente a la camarera, instándole para que saltara al bote, pero éste ya estaba lleno.

—¡No, no!—dijo—no hay sitio para mí; uno más haría zozobrar la embarcación.

Pocos segundos después, el *Stella* se hundió en el mar, y María Rogers dirigió por última vez su mirada a las cosas de este mundo.

—¡Adiós, adiós!—exclamó;—y luego con las manos levantadas en actitud de plegaria, añadió:

—¡Dios mío, acogedme en vuestro seno!

El *Stella* desapareció, pero el recuerdo de la heroica camarera ha perdurado como ejemplo para infundirnos valor en momentos de prueba.

JUANA, LA HIJA MODELO

HABÍA una vez un labrador francés padre de ocho hijos, con tantos aprietos para mantener a todos sus pequeñuelos, que se vió precisado a mandar fuera de casa a su hija Juana, a fin de que se ganara la vida como sirvienta.

Juana comía mejor en casa de su ama que en su pobre hogar, no le faltaba un buen fuego en invierno, ni abundancia de mantas en la cama. Pero sentía cariño por la choza en que jugaban sus hermanitos y anhelaba reunirse con sus padres, a quienes quería entrañablemente.

Llegó cierto día una carta en que se le anunciaba que su madre estaba paralizada en la lejana choza; y su padre le enviaba a decir que era necesaria allí su presencia para cuidar a la infeliz enferma. Juana se fué, pues, a su casa, y desde aquel día no abandonó ya más a su madre.

Podemos figurarnos cuánto debió sufrir al ver cómo su madre querida, que había trabajado sin descanso por sus hijos, yacía en el lecho impedida, y sin esperanza de curación. Juana la consoló y se dispuso a convertirse en madre para el resto de la familia. Se levantaba temprano, preparaba el desayuno, limpiaba la casita y luego se iba a ganar algunas monedas trabajando en el campo. Nunca estaba demasiado cansada para sentarse al lado de su madre y distraerla contándole cuentos.

Pero aún ocurrieron más desgracias. A poco, el anciano padre enfermó de gravedad, y en sus ataques convulsivos solía morder a Juana mientras ésta le cuidaba, hasta tal punto que llegaron a cubrirse de heridas las manos de la infeliz muchacha. A pesar de todo, la buena hija, con sus manos llagadas, atendía a los quehaceres domésticos,

cuidaba de su madre, y ocultaba a la vista de sus padres sus penas y sus heridas.

Por espacio de diez años se consagró al cuidado de su padre y de su madre, y cuando murió el primero tuvo que ganar el sustento para toda la familia.

Aprendió a tejer la seda, sin dejar por eso de trabajar en el campo, y mantuvo a su anciana madre mostrándose siempre con ella extraordinariamente cariñosa. Un día le dijo su madre que le gustaría ir a la iglesia, y Juana la acarició como a una niña, prometiéndole complacerla. ¿Sabéis cómo se las compuso para trasladar a la paralítica?

Tomó un sillón debajo del brazo izquierdo y entregó el derecho a la enferma para que se apoyase en él. En cuanto su madre daba tres o cuatro pasos, Juana la sentaba en el sillón. Tardaron tres cuartos de hora en llegar a la iglesia, que sólo se hallaba a cinco minutos de su casa.

La gente decía a Juana que debía llevar su madre al asilo.

—Me parte el corazón sólo el que me propongáis tal cosa—contestaba ella.

—Pero es que la cuidarían muy bien.

—Ya lo sé; estaría bien cuidada, pero... ¿Quién le daría el cariño que yo le doy?

Este era el gran secreto de Juana: su ternura. Como solía decir la valerosa muchacha:—Dios nos conserva a nuestros padres para que cuidemos de ellos.

Ella se alimentaba con el pan más ordinario y unos cuantos nabos, y a su madre le daba carne, pan blanco y toda la leche que les facilitaba el pueblo. Si alguien le regalaba ropa de abrigo para que no se resfriara cuando trabajaba en el campo, Juana se la ponía a su madre, después de haberla arreglado a su medida.—¡Benditos sean los que abrigan a mi madre!—decía en estas ocasiones.

Lo que le causó más pena fué el que la pobre enferma llegase a ponerse tan sorda, que no pudiera oir ni las tiernas palabras de Juana, ni las frases de admiración que, al observar la frescura del rostro de la anciana, acostumbraban pronunciar cuantos la visitaban. Ésta parecía embellecer y rejuvenecerse, al paso que la hija, agobiada por su incesante labor, se ajaba y envejecía.

La choza estaba siempre escrupulosamente limpia, muy aseada y alegre. La gente iba a admirarla, y todos convenían en que Juana se había convertido en madre y la madre en niña pequeña. Esto hacía reir a Juana, quien gozosa daba palmadas al oirlo. Sus cariñosos cuidados no le impedían mostrarse siempre alegre y satisfecha.

Al cabo de veinticinco años de tan ejemplar conducta, la historia de Juana llegó a oídos de un hombre rico y bueno, que había destinado una importante suma de dinero a recompensar el valor y la abnegación sencilla de los pobres. Ella obtuvo el premio de heroísmo, y toda Francia se enteró de su historia. Su nombre, Juana Parelle, adquirió fama por todos los ámbitos del país, y su admirable conducta fué el orgullo de sus conciudadanos. Hay actualmente en Francia centenares de jóvenes, hijas de familia, que se esfuerzan por seguir el ejemplo de nobleza, de afecto, de ternura y de abnegación que les legó la heroica Juana.

